

José María de Oriol y Urquijo,
Marqués de Casa Oriol
(Santurce, 1905-Madrid, 1985)

por el Académico de Número

Excmo. Sr. D. JUAN VELARDE FUERTES (*)

Entre los singulares favores que he recibido por ser miembro de esta Academia siempre he de subrayar el de haber conocido y tratado con algún detenimiento a nuestro compañero José María de Oriol y Urquijo. Tres recuerdos de su presencia he de anotar hoy.

La primera vez que se me convocó, aún académico electo, a esta Corporación, fue con motivo del último e inolvidable almuerzo que preparó el Conde de los Andes en este mismo salón. Me correspondió sentarme al lado del Marqués de Casa Oriol, y entre otras cosas me habló de una historia que nunca leí relatada de modo tan completo y tan jugoso. Quizá pudiera haberse titulado: *¿Y si los gudarís y los requetés se hubieran aliado, hubiera sido otro el signo de nuestra guerra civil?* Me refirió sus actividades como enlace de Mola, y el empecinamiento de una mayoría de la dirección del PNV en obtener garantías por escrito de este general en apoyo al Estatuto vasco, a lo que él oponía que éste no las había dado a la Comunión Tradicionalista porque era algo imposible para un militar que se subleva. Fruto de todas esas negociaciones fue la tardanza en adoptar una actitud clara en relación con el 18 de julio por parte del PNV y de su órgano periodístico *Euzkadi*. De pronto se detuvo y me dijo: «Yo combatí en ese frente y sé lo duros que fueron los gudarís. Me preguntaré siempre qué hubiera sucedido si la negociación hubiese salido bien; si ante el Gobierno del Frente Popular se hubiesen aliado los requetés y los gudarís; si Mola hubiese podido enviar a Somosierra, sin tener que atender más que livianamente a un Frente del Norte bastante más débil, a abundantes tropas hacia Madrid.

(*) Sesión del día 26 de noviembre de 1986.

¿Habría podido el Gobierno de la República sostenerse? Y si Madrid hubiera caído, ¿qué hubiese sucedido?»

Yo creo que entre el PNV y la Comunión Tradicionalista, tras la colaboración que habían tenido en el primer bienio republicano dentro de la llamada Minoría vasco-navarra, se alzaba la figura de Víctor Pradera, y sobre todo sus ideas contenidas en el libro *El Estado Nuevo*. No veo cómo encajar en esto, no ya al grupo *Jagijagi*, sino incluso a la línea general del PNV. De todos modos, ahora mismo Juan Pablo Fusi, en su libro *El País Vasco. Pluralismo y nacionalidad* (Alianza Editorial, 1984), ha de resaltar cuatro cosas: la frialdad del PNV en la revolución de 1934; el izquierdismo militante que se critica con virulencia en los editoriales de *Euzkadi* en enero y febrero de 1936; el que «frente a la rebelión militar», la reacción de la izquierda en favor del Gobierno de Madrid se secundó «con el PNV en un discreto y a veces ambiguo segundo plano»; finalmente, que cuando estalló la guerra civil, «no... faltaron voces importantes del nacionalismo que exigían la neutralidad en un conflicto que consideraban *español* no vasco». Como el Frente Popular sí ofreció garantías de apoyo al proceso estatutario, como recordó Manuel de Irujo, en lo que Indalecio Prieto tuvo un decisivo papel, con retraso manifiesto el PNV pasó a la beligerancia al lado del bando republicano.

Aquel día me di cuenta de hasta dónde quien actúa en política en momentos muy importantes de la vida de su pueblo llevará siempre consigo las preguntas, hondamente dramáticas y no sospechadas por casi nadie, de lo que hubiera podido haber sucedido.

El segundo recuerdo de algún modo se relaciona con esto. En esta Corporación, a lo largo de las casi doscientas sesiones a las que según nuestro Anuario he asistido, no recuerdo una reacción tan viva e hiriente por parte de ningún académico como la que voy a relatar. Como fuimos protagonistas el Marqués de Casa Oriol y yo, no puedo soslayarla. Hablaba yo de algo que es moneda corriente entre los economistas, a saber: que el PNV, como heredero, vía del foralismo, del carlismo, había adoptado en sus primeros tiempos una consecuente postura ruralista. Así pretendía defender lo que consideraba esencia inalienable del alma vasca, condensada en el lema de *Dios y leyes viejas*. Sabino Arana percibió con perspicacia que la industrialización por fuerza generaría demanda de mano de obra que no podría proceder del pueblo vasco. Vendría una considerable masa inmigrante proletaria, infectada por el descreimiento que se derivaba del laicismo que había significado la caída del Antiguo Régimen. Se vería esto agravado por el materialismo que se derivaba de las doctrinas de las dos ramas de la Internacional, tanto de la de Marx como de la de Bakunin. Así se podría herir de muerte al sano espíritu vasco. Pero personas relacionadas con las Ligas Guipuzcoana y Vizcaina de Productores, herederas del espíritu ilustrado que de la mano del Conde de Peñaflores había florecido en la inmortal Real Sociedad Bascongada de los Amigos del País, trataban con afán que la inci-

piente industrialización que se había iniciado, sobre todo a partir del Abrazo de Vergara, no sólo no se agostase, sino que se viese impulsada. De ahí el papel histórico que pasaron a tener, a mi juicio, tres protagonistas. Uno, Ramón de la Sota, que convenció poco a poco, después por supuesto de la desaparición de Sabino Arana, de la necesidad de encuadrar a la burguesía industrial en la estructura dirigente del PNV, lo que significaba tanto como asumir la industrialización y sus costes. El padre Arizmendiardieta, el inspirador del movimiento cooperativista de Mondragón, me confesó que el ruralismo no había terminado aún de morir en el PNV cuando él imaginó, para que tuviese unas mayores dosis de modernidad y eficacia, al campo vasco unido en cooperativas. «Mire usted —me confesó—; las cosas no son nunca como uno las proyecta; ese cooperativismo fracasó en las zonas rurales y, en cambio, arraigó con fuerza en la zona industrial de Mondragón. Parece como si nuestra salida tuviese que ser la industria, y yo mismo acabé rindiéndome por el bien del pueblo vasco a la evidencia.» Muy relacionada con el PNV se había creado además la Solidaridad de Trabajadores Vascos, integrada casi exclusivamente por obreros étnicamente vascos y cerrada a los inmigrantes. Los protagonistas, que por eso ocupan el segundo puesto histórico, fueron los sacerdotes Policarpo de Larrañaga, Alberto de Onaindía y José Ariztimuño, que pusieron en marcha esta central sindical, con el designio de crear un clima de solidaridad entre empresarios y trabajadores. El tercer protagonista fue el jesuita P. Chalbaud, impulsor, a partir de la Fundación Aguirre, de la Universidad Comercial de Deusto. Cuando comenzaba yo a enunciar estas tesis, se oyó una indignada interrupción por parte de nuestro compañero. Había interpretado algunas de mis palabras como elogiosas para Ramón de la Sota y otras tesis nacionalistas vascas, y no estaba dispuesto a sufrirlas en silencio. También para él, en situaciones límite, la amabilidad no era el valor supremo. He de confesar que comparto este punto de vista, y por eso, al darme cuenta que yo era, con seguridad, el culpable del exabrupto por no haber dejado bien claras las cosas —pues nada más lejos de mi texto, como se puede ver en nuestros *Anales*, que la menor complacencia personal ante el nacionalismo vasco—, estuve muy lejos de sentirme ofendido. Al final de la sesión hablamos los dos y dejamos todo tan claro que allí se inició una muy firme amistad que nuestro compañero insistió en que quedase exteriorizada en el tuteo que, lo confieso, siempre me costó, por obvias razones, tener con él, aunque él lo exigió siempre.

El tercer recuerdo incide ya en una materia muy vinculada con la Sección de Ciencias Económicas de esta Corporación, a la que ambos pertenecíamos. En una ocasión, aquí mismo, se refirió nuestro compañero a que los Consejos de Administración de las Empresas podían dividirse en dos clases: los que dedicaban unos pocos minutos de sus reuniones a aprobar y tomar decisiones sobre los asuntos corrientes, y el resto del tiempo se orientaba a planear el futuro, y aquellos otros que sólo empleaban unos pocos minutos, si es que lo hacían, en procurar avizorar el futuro, mientras gastaban horas en menudos problemas de la empresa. En el primer

caso, añadía, la empresa casi siempre es sólida y va a jugar un buen papel; en el segundo, está ya tan esclerotizada que, sin necesidad de forzar la metáfora médica, la muerte por fuerza está en su derredor. ¿Qué le alarmaba al Marqués de Casa Oriol? Pues, sencillamente, observar que hace quince, veinte, treinta años, buena parte de los Consejos de Administración españoles estaban en el grupo que oteaba el futuro, y hoy la gran mayoría están sepultados por problemas del día, sin acertar a salir de esa ratonera esterilizante.

El, como es lógico, había apostado por las novedades. Por eso su papel fue básico en el momento en que España dio uno de los varios virajes económicos que explicaron el rapidísimo desarrollo material de la Era de Franco. Sólo quienes carecen de elementales conocimientos de historia y economía pueden creer que este progreso cayó del cielo como consecuencia de que en Europa existiese un alto bienestar.

Volviendo al hilo de lo que estoy señalando, he de recalcar que a partir de 1948 se decide impulsar el desarrollo a través de energía barata —nacional e importada— que sustituyese a la tradicional del carbón. El espíritu innovador del Marqués de Casa Oriol resultó esencial en dos importantes sentidos. Por lo que se refiere a la energía nacional actuó a través de tres canales. El primero, el de la empresa Hidroeléctrica Española de la que fue el alma, con sus audaces soluciones en cuanto a gigantescos pantanos, con lo que logró ventajas en costes y beneficios que hacen de esta empresa una de las escasas que pueden contemplar hoy sin agobios una realidad muy preocupante, quizás una de las más preocupantes de estos momentos. El segundo, la integración en un sólo mercado de la energía eléctrica nacional. El fue el fundador y primer Presidente de la entidad esencial en ese sentido que es la Unidad Eléctrica, S. A., UNESA. El tercero, el de comprender que al aproximarse a una asintota la producción hidroeléctrica y ser nuestro carbón una solución costosa y al poder encrecerse tremendamente el petróleo, como podía ocurrir y como efectivamente sucedió, era preciso jugar a fondo la única solución posible, so pena de acceder a un futuro enfeudado en Francia en el menos grave de los casos: la solución nuclear, tanto en relación con la propia Hidroeléctrica Española como respecto a la entidad Centrales Nucleares, S. A., que funda y de la que pasa a ser Presidente.

En cuanto a la apuesta por el empleo de la energía barata importada, ahí ha quedado ya para siempre en la historia tecnológica de España su hueco en la O del Tren Articulado Ligero Goicoechea-Oriol, o Talgo, que recorre con derivados del petróleo nuestros ferrocarriles. He revisado viejos ejemplares, al preparar estas notas, de la revista especializada *Ferrocarriles y Tranvías*. Allí quedan también para siempre los esfuerzos imaginativos, superadores de retos tecnológicos, incluso de atentados —pues también la historia de los primeros pasos del Talgo los registra—, de este empresario que Schumpeter hubiera sabido reconocer como uno de esos innovado-

res que son capaces, con su ímpetu, de cambiar, no sólo la marcha de sus empresas, sino la historia, sin abandonar para eso las filas del empresariado.

Hoy me he atrevido a proporcionar tres fogonazos que, desde su diversidad, me sirvieron para atisbar toda la enorme hondura de la personalidad de nuestro compañero. A través de uno tropecé con el hacedor de la historia grande; a través de otro, con el patriota y luchador que no acepta jamás el doblegar la cerviz; con el último, me encontré con el empresario schumpeteriano por excelencia, que, para nuestra desgracia, tanto escasea entre nosotros.

En la comedia de Shakespeare *Duodécima noche* se dice: «Somos según aquello de lo que estamos hechos.» José María Oriol, nuestro querido compañero, estaba hecho de inteligencia, de reciedumbre, de honradez, de sentido de la responsabilidad, de patriotismo y de seria preocupación cristiana. Como escribió en el precioso artículo necrológico que publicó en *ABC* sobre él José María de Areilza, Oriol quiso «hasta el último minuto ser el que había sido». Es lógico que todo esto resplandezca en cada una de sus manifestaciones, como así sucede en las tres que he glosado en homenaje muy cordial al académico y al amigo muerto.

He dicho.



Eugenio Vegas Latapié

por el Académico de Número

Excmo. Sr. D. JUAN VELARDE FUERTES (*)

La muerte de nuestro compañero Eugenio Vegas Latapié, ha producido ya una serie de muy buenos comentarios en la prensa sobre su figura. He recogido hasta ahora, los aparecidos en *ABC*, en *El Alcázar* —donde se publicó uno excelente en todos los sentidos de nuestro compañero Gonzalo Fernández de la Mora—, en *Epoca* y en *Ya*. Quizás haya sonreído Eugenio Vegas ante los silencios de ciertos órganos que, como era de esperar, dejan así claro que continúa la polémica sobre su persona. El conjunto de estos análisis, desde el citado de Gonzalo Fernández de la Mora a los de José María García Escudero, Raúl Morodo, Javier Tusell, Ricardo de la Cierva o Ricardo Gullón, creo que no permiten resquicio alguno de duda sobre la significación histórica del fallecido.

Al intervenir hoy aquí, en su memoria, me gustaría insistir en algo que me parece necesario en estos tiempos, y que fue lo que convirtió a Eugenio Vegas en un auténtico maestro. Yo, por lo menos, así lo consideré. Me refiero a su culto a la lealtad respecto a convicciones a las que el hombre llega tras la reflexión serena, y que obligan a acatarlas, casi con humildad, y por supuesto, con desprecio de todas las consecuencias que puedan derivarse del ejercicio de esa lealtad.

Mi primer encuentro con la figura de Eugenio Vegas Latapié fue, como no podía ser por menos, libresco. Mi padre, para mejorar mi francés, cuando iba a Oviedo desde mi villa natal de Salas, volvía casi siempre con ejemplares del diario *L'Action Française*. Hasta 1940, ésta fue una lectura mía habitual. Por eso, ignoro en qué momento me enteré de la creación de un clima de violencia contra Dreyfus y contra las tesis del *J'accuse* de Zola, el célebre artículo aparecido en *L'Aurore*, de Clemenceau; en qué instante supe que Maurice Pujo había fundado los Camelots du Roi; cuándo supe del tremendo problema del hijo de León Daudet o del escándalo Sta-

(*) Sesión del día 22 de octubre de 1985.

visky, el que parecía mostrar cómo permanecía con todo su hedor la podredumbre de la III República, que se remontaba, para *L'Action Française*, a la prisión de Caillaux, el célebre ministro de Hacienda, por el sucio asunto del *Bonnet rouge* o, algo después, a los cheques sin fondos del ministro de Hacienda de Clemenceau, Louis Klotz —el criticado por Keynes en *Las consecuencias económicas de la paz*—, o a los negocios sucios de Marta Hanau, o al asunto Oustric, el que derribó al gobierno Tardieu; o qué día supe lo ocurrido el 6 de febrero de 1934. Leía yo así a Bainville, aquel que era un arquetipo para Maurras del buen manejo del idioma francés, y al que había retratado con aquel jugoso párrafo que aparece en el Prefacio escrito por Maurras a las *Lectures* —evidentemente, editadas por Arthème Fayard— del primero:

- «—¿Qué es lo que Bainville más ama?
- Lo verdadero.
- ¿Y después de la verdad?
- La lengua francesa.
- ¿Qué pone Bainville por debajo de nada?
- Lo falso.
- ¿E inmediatamente, al nivel de nada?
- La democracia.»

Hasta 1940, eran mi apertura hacia otros mundos contemporáneos, y una lectura casi sistemática para mí, las espléndidas y terribles frases de Maurras, aquél que como nos ha recordado no hace demasiado, Alastair Hamilton en *The appeal of fascism. A study of intellectuals and fascism (1919-1945)* (1971) «no consintió nunca en modificar sus ideas, porque no admitía que hubiese podido equivocarse una sola vez»; aquella pluma que fue leída diariamente por Proust y Rodin, que había movido al aplauso a Gide y Apollinaire, que hacía de *L'Action Française* el único periódico, según Anatole France, escrito en buen francés.

En mi época de estudiante universitario en Madrid, en una de mis visitas periódicas a la Cuesta de Móyano, adquirí simultáneamente unos ejemplares de *Cruz y Raya* y otros de *Acción Española*. Comencé, al leerlos, a avizorar cómo en la década de los 30, un conjunto de españoles que se iban a cruzar y entrecruzar con otros dos grupos —el de Falange, que era el que yo más conocía y otro que venía de toda la serie de grandes instituciones impulsadas por aquel fundador por antonomasia que fue Angel Herrera—, trataban de buscar algún tipo de salida cuando el grito de «¡No es esto!», de Ortega y Gasset cerró las burguesas puertas de la II República para las personas que ansiaban conjugar decoro intelectual y respeto a valores tradicionales. Eugenio Vegas Latapié y *Acción Española*, pasaron a ser una obligada cita de tipo intelectual, porque, además, enlazaban perfectamente con lo que yo había aprendido en *L'Action Française*. En ambas fuentes había percibido una animadversión hondísima: la Revolución Francesa de 1789. Más en concreto,

algo hay que palpita en la obra de Maurras y en la de nuestro compañero: son tres los mitos insidiosos que se han infiltrado en la cultura y en la política modernas: los de Libertad, Igualdad y Fraternidad, impuestos por los que Maurras llamaba los «cuatro Estados confederados»: los judíos, los protestantes, los extranjeros —los metecos— y los francmasones. También me encontré con otro puente, a través de Pierre Gaxotte. Gaxotte firmaba como «El tonto del pueblo» —«L'idiot du village»—, el editorial del semanario satírico de derechas *Coup de Patte*, que dirigía el *chansonnier* bonapartista Martine; era autor de libros como los titulados *La Revolución francesa*, *Le siècle de Louis XV*, *La France de Louis XIV*, que encajaban perfectamente en los puntos de vista maurrasianos; había sido secretario de Charles Maurras, y escribía en *L'Action Française* y en *Je suis partout*. Por otro lado, era el encargado de la crónica de política francesa en *Acción Española*, y había prolongado la edición francesa del libro de Alvaro Alcalá Galiano, *La caída de un trono*, editado en España por el grupo de *Acción Española*.

Como es lógico, ante el nacionalismo francés tuve mucha curiosidad como economista. Poco a poco fui llenando huecos, captando conexiones, avirozorando influencias. Me fue posible, así, construir algo parecido a un complicadísimo árbol genealógico de toda una serie de movimientos y grupos políticos y culturales del país vecino que, entre otras cosas, también explicaban el auge en el mundo intelectual del fascismo. Pero en ese enrevesado encaje de grupos y fuerzas, aparecía de modo continuo lo más granado del capitalismo corporativo francés —basta citar el Comité des Forges— que buscaba el mito de la *sinarquía*. Esos enlaces, en cambio, no los encontraba, ni tan explícitos, ni tan importantes, ni por supuesto, tan organizados, al leer *Acción Española*.

Pero, además, después encontré otras conexiones. Una de mis líneas de investigación es la del papel de la francmasonería como destructora del Antiguo Régimen, de modo, por cierto, en nada parecido a cómo se lo imaginó el Abate Barruel. Al mismo tiempo, las ideas de las logias encajan demasiado bien, a partir de las *Constituciones* de Andersen, con el espíritu del capitalismo, como para exigir excursiones colaterales sobre la historia. Como muy bien comprendió Jesús Pabón, la pieza clave se llama Benjamín Franklin. Al indagar sobre él, por fuerza hube de caer, a más de sobre Max Weber, sobre el historiador francés Bernard Faÿ, antigua firma de *L'Action Française*. Este autor, recientemente fallecido, culmina quizá, sus investigaciones con un muy buen *Luis XVI*, donde tampoco se evitan los dardos contra los revolucionarios y, sobre todo, contra sus ideas. El marco histórico de estos grupos alcanza, precisamente, la quiebra del Antiguo Régimen. ¿Se había avanzado algo en el terreno de las estructuras políticas?

En relación con todo eso, aparece entre nosotros el mensaje de Eugenio Vegas Latapié. De *Acción Española* ¿se lograría eliminar buena parte de lo que empujaba a estos grupos a la *sinarquía* del capitalismo corporativo? Vegas Latapié dio, en ese

concreto sentido doctrinal, muy pocos mensajes. La lectura de sus libros *Catolicismo y República* (1932), *Romanticismo y democracia* (1937) y *Consideraciones sobre la democracia*, enseña que no se dirigen casi nunca al específico mensaje socioeconómico. La esencia es criticar de modo acerbo, como hizo Maurras, a la Revolución Francesa. En esta frase se sintetiza buena parte de su postura: «En la raíz de las ideas democráticas se encuentran dos instintos del ser humano que, lejos de encauzarse racionalmente, fueron elevados a la categoría de dogmas, —falsos dogmas— por los seudofilósofos del siglo XVIII y por sus discípulos de las dos centurias siguientes. Tales instintos desordenados o *falsos dogmas*, son los de «libertad e igualdad». En cuanto a la problemática económica, de mis conversaciones con él quise deducir que la persona encargada de dar el mensaje del grupo, en este orden de cosas, era el asiduo colaborador de *Acción Española*, José Calvo Sotelo. Adoptó éste, una posición crítica, muy a lo Maurras, frente al capitalismo. El reto era pasar de ahí al corporativismo capitalista. Tenía sus problemas. Cuando se lograra, todo se teñiría de populismo.

Hasta ahí llegó mi conocimiento —evidentemente libresco—, de Eugenio Vegas Latapié. Como resumen, me pareció que era un pensador que no se explicaba sin *L'Action Française*, con un evidente distanciamiento del capitalismo en toda su vida, pero sobre todo, con un acendrado catolicismo.

Todo esto, repito, fue conocimiento erudito, pero a partir de mi ingreso en esta corporación, el contacto de casi todos los martes me fue proporcionando una imagen más completa de Eugenio Vegas Latapié. Sus intervenciones —recuerdo como especialmente interesante, una sobre otro compañero, Salvador de Madariaga—, eran ya, más que sobre abstractos temas doctrinales, sobre su visión de retazos de nuestra historia contemporánea que él, en parte, había ayudado a construir. Observé cómo mantenía la misma lealtad orgullosa que había exhibido en su primera conversación ante Alfonso XIII, y la misma ternura, ante las personas de la Institución, que aquella que había exteriorizado en su despedida a un Don Juan Carlos de Borbón adolescente. Por supuesto, esa lealtad de la que no abdicaría nunca, no le convirtió jamás en una especie de cortesano aspirante a formar parte de la camarilla. Menos aún en una especie de Conde de España montaraz. Fue siempre una persona correctísima, con un punto yo diría que de escepticismo sobre ciertas vanas cosas de este mundo.

Así, poco a poco, se me fue dibujando como lo que creo era: como un leal hidalgo. No había en él nada de caballero legitimista a lo Chateaubriand. Por el contrario, la lectura de *El hidalgo y el honor*, de nuestro presidente honorario, Alfonso García Valdecasas, sí me sirvió para entender mejor su talante. Su cortesía le acercaba a otra figura histórica, al catedrático de Derecho Político de la Universidad de Salamanca y tradicionalista sin fisuras, don Enrique Gil y Robles, que llegó a ser muy buen amigo de don Francisco Giner de los Ríos. Por cierto, que Vegas Latapié conocía muy bien la obra de Gil y Robles.

Un día, escogido por mí especialmente por ser 14 de abril, reuní a almorzar a tres leales hidalgos, de grandísima finura intelectual los tres: Eugenio Vegas Latapié, Alfonso García Valdecasas y Rafael García Serrano. De pocas conversaciones más jugosas he disfrutado. Se mezclaban sin cesar noticias históricas contemporáneas y galanuras del ingenio en un coloquio impar.

A lo largo de la presente transición política, fue cuando, sin decirle nada, busqué en Vegas Latapié al maestro. No, por supuesto, en relación con sus ideas concretas. Nuestros puntos de contacto existían, pero quizá más nuestras discrepancias. Por ejemplo, políticamente poco me atrajo *L'Action Française*. Lo que me interesaba de Eugenio Vegas no eran sus ideas, sino sus talentos. El había sabido sacrificarlo todo a su verdad, y ese todo era dinero, prestigio, influencia, rango en la vida pública. Siempre me sirvió de fiel contraste para algo que contemplé con especial fastidio: las carreras en pos del poder, la búsqueda de disfraces, el ansia de dinero sin que moleste el olor, sobre todo, cuando carreras, disfraces, dinero, se pretendían enmascarar —en vano, por supuesto—, de consecuencia, incluso de patriotismo.

Frente a ellas, yo contemplaba la elegancia de la lealtad sin alharacas de Eugenio Vegas, la servidumbre continua que sentía respecto a su verdad, por tener la certeza de saber dónde estaba el norte. Era en él lo que acabó por subyugarme, y no la lectura de sus libros, de sus artículos en revistas de pensamiento o en diarios, que simplemente me resultaban valiosas porque, muy pulcramente escritas, relataban una concreta postura doctrinal política que siempre me dijo poco.

Casi me atrevo a decir que ese buen ejemplo, ese no haber dado escándalo, esa esclavitud a su verdad, por fuerza tienen que haberle deparado el premio al que siempre aspiró para el momento de su tránsito.

He dicho.

